

¿Quién osará reprenderlo?

Del santo Precursor sabemos que ayunaba rigidamente, que no comía otra cosa que langostas y miel silvestre: que hacía rostro a las inclemencias del tiempo y del lugar, vestido de una túnica de piel de camello.

A pesar de tales austeridades, y aun en parte por ellas, dijo de él el Salvador que «entre los nacidos de mujer no se había levantado otro como Juan Bautista».

Del mismo Jesucristo leemos en el evangelio que se retiró al desierto y que ayunó en él cuarenta días y cuarenta noches.

Ni fueron tan inhumanos como se dice los rigores y la penitencia del desierto. A pesar de sus ayunos e increíbles vigili-
lias, es notable la longevidad que alcanzaron muchos de los anacoretas. San Pablo vivió 105 años; San Antonio cerca de 100, San Hilarión, con ser de naturaleza débil y enfermiza y el más extremoso en sus ayunos, pasó de los 80, y San Pacomio frisó con los 90...

Según esta estadística, podríamos más bien decir que eran más humanos y aun higiénicos los rigores de los santos del yermo que la vida confortante y sibarítica del mundo. ¿Cuántos en éste llegaban entonces a esa edad? Más hombres llevó a la sepultura la crápula que la penitencia, más los banquetes opíparos y saraos que los ayunos.

No deja de ser escándalo farisaico, lamentarse airadamente y salir por los fueros de la naturaleza tan a ultranza, condenando los rigores monacales, cuando ninguna lanza rompen por tanta salud y cuerpo estragado por las demasías y los vicios...

Veneren más bien y ruboricense ante hombres tan heroicos y superiores que tuvieron la suficiente fuerza de espíritu para dominarse a sí mismos, sobreponiéndose valientes a instintos y apetitos avasalladores que degradan a gran parte de la humanidad y la arrastran a mil abusos y demasías indignas.

Santidad y vitalidad del Cristianismo

De Jesucristo es la sentencia de que «por sus frutos se conoce el árbol». «No puede un árbol malo dar buenos frutos ni uno bueno darlos malos.»

Magnífica regla que aplica el Salvador a los hombres y que es extensiva también a las sociedades y de un modo particular a las religiones.

Religión que produce, como el Cristianismo, frutos ubérrimos de perfección, de virtudes tan heroicas y sobrehumanas como las que hemos observado, no puede ser mala; ha de estar asentada sobre la verdad; viene de Dios y es de Dios.

En capítulos anteriores vimos, con pasmo, el amor de Dios hasta el grado supremo a que puede subir una pura criatura: dar su vida por él. Miles y miles de mártires confesaron a Cristo denodadamente ante el tirano y puestos en la alternativa de apostatar o ser descuartizados por garras de animales salvajes, o reducidos a cenizas en las llamas de una hoguera, no dudaron un instante en el sacrificio...

Añadamos esta otra página no menos sublime de su historia.

Centenares de miles de hombres y de mujeres, inflamados en su espíritu, renunciaron por amor de Dios todos los bienes y goces de la tierra y se retiraron al desierto y pasaron en él años y años hasta la muerte, llevando una vida más angélica que humana, llena de infinitas privaciones...

Una religión que produce a un San Pablo, a un San Antonio, al gran Hilarión, a un Pacomio, podemos estar seguros de que es santa y divina.

Por sus frutos los conoceréis.

Y los frutos se suceden incesantes y en cada siglo y época.

Después del monacato de oriente, el de occidente: San Benito y su legión, a quien se debe la espiritualidad y cultura medieval... Y luego las grandes órdenes mendicantes, Santo Domingo y San Francisco y el Carmelo; San Ignacio y San José de Calasanz, las Órdenes y Congregaciones tan numerosas de la caridad y de la enseñanza.

Si por sus frutos se conoce el árbol, óptimo ha de ser el Cristianismo.

Un ejemplo para el mundo

Cierto diputado de las Cortes Constituyentes de la segunda República española, dijo un día dirigiéndose a los socialistas y comunistas que hacían alarde de impiedad y sectarismo: «Señores; debéis tener gran respeto a las creencias que profesan innumerables españoles, pues, queráislo o no, la religión es un gran bien para la patria: un freno y un estímulo» (Melquiades Alvarez).

¡Un freno y un estímulo!

Solamente podría negarlo el depravado o el inconsciente.

La religión es evidentemente un freno a la disolución, al vicio que arrastra y abate la dignidad humana... Es un estímulo, un ácate que le impele al bien y a la virtud.

«Buscad un pueblo sin religión, decía el mismo Hume, y si lo halláis, tened por cierto que no diferirá mucho de las bestias.»

He aquí el tercer capítulo de la Apología del monacato: el ejemplo dado al mundo de todos los tiempos y en especial a la sociedad de su época.

Eran aquellos, mitad del siglo iv y v de nuestra era, tiempos decisivos.

El paganismo agonizaba ya en sus postrimerías y el gran imperio romano, falto del valor y de las virtudes de otras edades, se deshacía impotente. La voluptuosidad, la desenfrenada vida de placeres afeminaba los ánimos y pesaba en el ambiente como atmósfera mefítica.

Por otra parte, era tiempo también de numerosas conversiones al Cristianismo. Constantino acababa de dar la paz a la Iglesia y declarádola religión del Estado. Con ello la afluencia de gentiles al Evangelio se producía en masa y había gran peligro de que la corrupción del ambiente lo inficionara todo, arrastrando tras sí la misma moral y severidad cristiana.

En semejantes circunstancias nadie dejará de ver el efecto saludable y confortante de los rigores del yermo.

¡Qué ejemplo el de aquellos hombres!

En impulso incoercible hacia lo extraordinario y excelso no ahorran esfuerzos y sacrificios por satisfacer sus ansias de superación, de la más encumbrada santidad.

Eran auténticos héroes del Cristianismo, cuya vida rozaba ya la línea de lo sobrehumano.

Su morada era de pobreza tan extrema que no había nada en ella que recordase siquiera la comodidad de la más pobre casa.

No menos pobre era su alimentación corporal.

Unas hierbas y algo de pan con sal, unos higos o dátiles... Muchos no hacían uso del fuego y tomaban crudos los alimentos. Otros no comían más que cada dos o tres días; o una vez a la semana... No saciarse nunca, sino estar siempre con hambre y sed era su máxima, o, como ellos decían, «el verdadero ayuno consiste en tener hambre continua e incesante».

Por el estilo también era la indumentaria.

El mismo bastísimo y burdo vestido en invierno que en verano y prohibición de tener dos... Estrecha y extremada pobreza con la que tenían subyugado por completo el instinto sexual y sueño parco de unas cortas horas, generalmente sin acostarse...

¿Cómo no habían de conmover estos rigores?

Fueron como un soplo de vida, de energía vigorizante que venía del desierto. Un enérgico *sursum corda* que despertaba

del letargo y aun un flagelo despiadado que caía implacable sobre el vicio y la molicie y hacía levantar los espíritus a regiones más puras y serenas.

Los efectos se dejaron sentir muy pronto. No se hablaba de otra cosa entre las gentes. Antonio y sus rigores, Arsenio e Hilarión, Nitria y la Tebaida, Calcis y Siria, llenaban el ambiente.

Sabemos que en San Agustín, aún pagano, influyeron tanto estos ejemplos que ellos fueron la determinante, el impulso definitivo que le llevó a la conversión. Su célebre *surgent indocti et arripiunt regnum Dei*, «se levantan los sencillos y sin letras y arrebatan el reino de Dios», lo pronunció como un estallido de su corazón, fuertemente impresionado en la conversación sobre los mismos.

Hermosa página la que dedica a este punto.

«Empezamos a conversar, dice en el libro VIII de sus Confesiones, hablándonos (Nebricio) de Antonio, monje de Egipto, cuyo nombre era tan esclarecido entre vuestros siervos, pero nosotros hasta aquella hora lo desconocíamos. Viendo él que nada sabíamos, detúvose más en la narración, dándonos a conocer a aquel varón tan insigne, y admirándose de nuestra ignorancia. Estábamos estupefactos al oír tales maravillas, perfectísimamente atestiguadas, tan recientemente obradas por Vos casi en nuestros días en la verdadera fe y en la Iglesia Católica. Todos estábamos admirados: nosotros de tan grandes sucesos; y él de que no hubieran llegado a nuestros oídos.

De aquí pasó a hablarnos de las muchedumbres que pueblan los monasterios, y del divino perfume de sus virtudes, y de la fertilidad de los desiertos del yermo; de todo lo cual nada sabíamos. Más aún: en el mismo Milán había un Monasterio, extramuros de la ciudad, poblado de buenos hermanos, bajo el gobierno de Ambrosio; y nosotros tampoco lo sabíamos.

Alargábase en hablarnos, y le oímos atentamente en silencio. De una cosa en otra, vino a decir que en Tréveris, no sé cuándo, mientras el emperador se entretenía una tarde en los juegos circenses, salió él con otros tres compañeros a pasear por los jardines contiguos a la muralla; y allí como se iban espaciando en parejas formadas al azar, él con otro aparte por un lado, y los otros dos aparte por otro, vinieron a separarse. Los otros dos, paseando sin rumbo fijo, fueron a dar en una cabaña, donde moraban algunos siervos nuestros, *pobres de espíritu, de los cuales es el reino de los cielos* (Mt., 5, 3), y allí encontraron un códice en que estaba escrita la Vida de Antonio. Uno de ellos comenzó a leerla, y a admirarse y enardecerse y a pensar mientras leía en abrazar aquel género de vida, y dejada la milicia secolar, entrar a servir; eran ambos de los que llaman «Agentes de negocios públicos». Estando en esto, súbitamente, lleno de amor santo y virtuosa vergüenza, enojado consigo mismo, volvió los ojos a su compañero y le dijo: «Ruégote que me digas ¿a dónde ambicionamos llegar con todos estos nuestros trabajos?, ¿qué buscamos?, ¿cuál es el fin de nuestra milicia? ¿Puede nuestra esperanza llegar a más, en palacio, que a ser amigos del emperador? Pues en esta privanza, ¿qué hay que no sea frágil y lleno de peligros? Y ¡por cuántos peligros se llega a este peligro mayor! Y esto ¿cuándo llegará? Pero amigo de Dios, si quiero, ahora mismo puedo serlo». Dijo esto, y turbado con el parto de la

nueva vida, volvió los ojos al libro; y leía, y se iba mudando interiormente en lo que Vos veáis; y su alma se iba desnudando del mundo, como luego se vió. Porque mientras leía y revolvía las olas de su corazón, dió por fin un gemido, y conoció y resolvió lo mejor; y, ya vuelto, dijo a su amigo: Yo he roto ya con toda aquella esperanza; y estoy resuelto a servir a Dios; y esto lo comienzo desde ahora y en este lugar. Tú, si no quieres imitarme, no quieras estorbarme. Respondió el otro que quería juntarse con él como compañero en tan alta milicia y en tan gran recompensa. Y ambos ya vuestros, comenzaron a edificar la torre evangélica, con las sencientes expensas de dejarlo todo y seguíros a Vos.»

¡Preciosa y sublime institución la del Monacato!

Por eso nos asombra que haya llegado a tener detractores aun entre los mismos católicos. Se ha llegado a escribir que constituían «la antítesis del Evangelio»: mejor hubieran dicho la síntesis, la concreción, de lo más grande del Evangelio.

«Las Ordenes religiosas, dice el mismo protestante Nigg, son para la Iglesia católica la fuente de donde brotan las aguas de la salud, sin las cuales el campo de la Cristiandad quedaría agostado y reseco. Son la fragua en donde se han formado en su mayoría aquellos Santos que con la fuerza de su personalidad sostuvieron el Cristianismo y lo hicieron amable a todos...

Por eso es natural que todos los que han querido herir de muerte al Catolicismo hayan dirigido sus ataques contra ellas como sus centros nerviosos... La Iglesia vive principalmente de la savia que brota en la penumbra de sus monasterios y conventos» (El secreto de los monjes, pág. 17).

Otro testimonio menos sospechoso aún es el de Adolfo Harnack:

«La Reforma suprimió, dice, la vida monástica y debía suprimirla para ser consecuente con sus ideas. Consideraba demasiado riguroso, austero y hasta loco, el ascetismo de unos votos perpetuos y duraderos por toda la vida. Ante Dios era igual para ella cualquier estado mundano que el estado monacal, mas sucedió entonces lo que ni previeron, ni quisieron los primeros reformadores: la desaparición del monacato que tiene profundas raíces en las enseñanzas evangélicas. Toda sociedad necesita personalidades fuertes y robustas que consagren su vida a la consecución de sus fines; así, nuestra Iglesia, la Iglesia evangélica, necesita hombres valientes y decididos que renuncien al mundo para consagrarse al servicio del prójimo, a remediar sus múltiples necesidades de todo género. Mas ello es imposible en la Iglesia Evangélica, que se ha propuesto seguir en todos los aspectos una conducta enteramente opuesta a la seguida por la Católica.

¡Cara estamos pagando la reforma! En vano se ha preten-

dido fomentar en el seno de las familias una piedad vana e indefinida, que no se acerca ni de lejos, a la piedad sólida de la vida monacal» (*Wesen des Christenthum*, 1900).

«El Protestantismo sufrió con la desaparición del monacato, continúa Nigg, una depauperación espiritual. La falta de vida monástica es un problema que la ha inquietado siempre, una herida que está sangrando a todas horas, un problema cuyo planteamiento y solución son hoy más candentes que nunca» (p. 20).

Conclusión

Resumamos y concluyamos.

El monacato y en general la vida religiosa, merece la aprobación y la estima de la Iglesia.

Es su mejor florón.

Nació del genuino espíritu del Evangelio y en sus líneas generales puede decirse que lo instituyó Jesucristo.

Demuestra asimismo la santidad y vitalidad de la Iglesia y fué altamente provechoso a la sociedad de su tiempo y a toda la posteridad por los altísimos ejemplos de austeridad y de virtud con que resplandeció estimulando a la seria moralidad y al bien.

Hubo, y no hay para qué negarlo, exageraciones y aun rarezas en ciertas penitencias espectaculares, tomadas por iniciativa propia y sin control alguno de prudente moderador, pero eso fué solo en los principios y ya se evitó en la regla propiamente cenobítica.

Se dió también falta de espíritu y de verdadera vocación en algunos tiempos e individuos. San Jerónimo se queja de monjes vagabundos y no faltaron Concilios que tomaron medidas contra ellos. Pero eso, nótese bien, eran excepciones, relajamientos particulares, decadencias a que está expuesta inevitablemente la fragilidad humana en hombres e instituciones.

La tónica general, fué por el contrario, como hemos visto, inmejorable; de santidad altísima, de austeridad y penitencia, de pureza y virtud a toda prueba.

El desierto se convirtió en morada de ángeles y escuela de sublime perfección donde brillaron las más bellas y heroicas virtudes cristianas.

Añádase a esos méritos, la aportación a la cultura con la copia de manuscritos antiguos. La obra se comenzó en los Cenobios basilianos y se agrandó y perfeccionó más tarde en San Benito para utilidad y gratitud eterna de las ciencias, de la literatura y de las artes.

Si ahora conservamos las obras de la clásica antigüedad, de Homero, de Esquilo y de Sófocles, de Platón y de Séneca y de Virgilio, a esos beneméritos monjes lo debemos.

Fueron también campeones invictos de la fe y de la ortodoxia.

De San Antonio leemos que murió anatematizando la herejía y cuando San Atanasio el grande debelador del Arrianismo en Nicea, se presentó en Egipto, y llegó a la Tebaida para visitar a aquellas comunidades de ejemplares monjes, le salió al encuentro San Pacomio con miles de los suyos, cantando himnos y salmos, inflamados todos del espíritu de la verdadera y apostólica fe.

PARTE QUINTA

EL DEPOSITO DE LA FE

I

LAS PRIMERAS HEREJIAS

Las primeras herejías. — Celo y vigilancia de la Iglesia por la pureza de la fe. — Apóstoles y Padres apostólicos. — San Ireneo y su Regla de fe.

El fundador del Cristianismo, no nos dejó nada escrito por sí mismo.

Sus divinas enseñanzas las esparció en su predicación, durante la vida pública, cuando recorría Palestina anunciando el Evangelio. Doctrina sublime, de alteza y profundidad incomparables, pero propuesta siempre tan humanada, que se hace comprensible a todos.

Siguiendo la costumbre de los orientales acudió, muchas veces, a la parábola, medio práctico y adecuado para que se grabaran fácilmente las más subidas lecciones en la mente de los creyentes a quienes se dirigía. El rico Epulón, el labrador rico, el hijo pródigo, los arrendatarios de la viña, la oveja perdida y tantas otras, han pasado a ser patrimonio de la humanidad y grabadas quedan en lo más profundo de la imaginación y corazón de los hombres.

Al subir al cielo encomendó a sus Apóstoles y discípulos la predicación de su Evangelio a todos los pueblos y naciones, judíos y gentiles. Ellos, fieles al mandato del Maestro, esparcieron por todas partes la buena nueva, lo que habían visto con sus propios ojos y oído por sí mismos de los labios del Salvador. Eran testigos veraces y oculares; su inteligencia estaba llena de las grandezas de Dios, y afirmada en la verdad.

Pero había un peligro evidente en la empresa. Dada la condición del hombre siempre novelero y de espíritu inquieto, propenso a añadir de lo suyo, a entretejer ideas o sistemas particulares, se corría el riesgo de que, al pasar las grandes verdades

evangélicas a los oídos de muchos, pudieran ser adulteradas, mal interpretadas o falseadas con mutilaciones o añadiduras de individual procedencia.

Era necesario, pues, vigilar, guardar incólume, intacto, el gran tesoro de las verdades divinas, el inapreciable depósito de la fe, y a ello se aprestaron, primero los Apóstoles y después sus inmediatos sucesores, y los de éstos en la sucesión de los siglos.

Hagamos mención de algunos de esos documentos.

Los Apóstoles

El cuidado por la pureza del Evangelio y aun la lucha contra la herejía insurgente la vemos ya en los primeros tiempos y en los mismos Apóstoles.

San Pedro insinúa en su segunda carta (III, 15) que :

«Hay en los escritos de San Pablo algunos puntos de difícil inteligencia que hombres inductos e inconstantes pervierten no menos que las Escrituras para su propia perdición.»

Antes había dicho ya palabras más graves y fuertes :

«Verdad es que hubo también falsos profetas en el pueblo de Dios, así como vendrán entre vosotros maestros embusteros, que introducirán sectas de perdición, y renegarán del Señor que los rescató, acarreadose a sí mismos una pronta venganza. Y muchas gentes los seguirán en sus disoluciones, por cuya causa el camino de la verdad será infamado: y usando de palabras fingidas harán tráfico de vosotros por avaricia: mas el juicio que tiempo ha que les amenaza va viniendo a grandes pasos; y no está dormida la mano que debe perderlos» (II, 1-4).

De *San Juan* ya queda anotado que escribió el cuarto Evangelio y especialmente el solemne Prólogo que lo encabeza, para probar la divinidad de Jesucristo impugnada por los gnósticos.

En el Apocalipsis leemos también en la carta dirigida a la Iglesia de Efeso :

«Pero tienes esto en tu favor, que odias las obras de los nicolaítas como yo también las odio.»

Se refiere a un tal Nicolás que seducía a los cristianos haciendo componendas, entre la doctrina y enseñanzas de nuestra religión con los principios corruptores de los paganos.

Y lo que pone el sello a su aversión a la herejía. Cuenta San Ireneo, haber oído referir a su gran maestro Policarpo,

siendo él aún joven, en Esmirna que «Juan, el discípulo del Señor, yendo un día en Éfeso a bañarse y viendo dentro al herejiarca Cerinto, salió rápidamente del baño, aun antes de lavarse, diciendo: "Huyamos no sea que se hunda el baño, pues está dentro Cerinto el enemigo de la verdad".»

San Pablo es más fuerte e insistente todavía.

Y a los gálatas a quienes algunos judaizantes les habían alborotado con sus prédicas malsanas y turbado en su fe:

«Este precepto te recomiendo, hijo Timoteo, y es, que según las predicciones hechas antes sobre ti, así cumplas tu deber militando como buen soldado, manteniendo la fe, y la buena conciencia, la cual por haber desechado de sí algunos, vinieron a naufragar en la fe: de cuyo número son Himeneo, y Alejandro: los cuales tengo entregados a Satanás o excomulgados, para que aprendan a no decir blasfemias» (I, 18 s.).

Y a los gálatas a quienes algunos judaizantes les habían alborotado con sus prédicas malsanas y turbado en su fe.

«Me maravillo cómo así tan de ligero abandonáis al que os llamó a la gracia de Cristo, para seguir otro evangelio; mas no es que haya otro evangelio, sino que hay algunos, que os traen alborotados, y quieren trastornar el Evangelio de Cristo. Pero aun cuando nosotros mismos, o un ángel del cielo os predique un evangelio diferente del que nosotros os hemos anunciado, sea anatema. Os he dicho ya, y os lo repito: Cualquiera que os anuncie un evangelio diferente del que habéis recibido, sea anatema. Porque, en fin, ¿busco yo ahora la aprobación de los hombres? Si todavía prosiguiese complaciendo a los hombres, no sería yo siervo de Cristo» (I, 6 s.).

El capítulo cuarto de la segunda a Timoteo es un grito angustioso contra los peligros de la fe:

«Te conjuro, pues, delante de Dios, y de Jesucristo, que ha de juzgar vivos y muertos, al tiempo de su venida, y de su reino: predica la palabra de Dios con toda fuerza y valentía; insiste con ocasión y sin ella: reprende, ruega, exhorta con toda paciencia, y doctrina. Porque vendrá tiempo en que los hombres no podrán sufrir la sana doctrina, sino que, teniendo una coñezón extremada de oír doctrinas que lisonjeen sus pasiones, recurrirán a una caterva de doctores propios para satisfacer sus desordenados deseos: y cerrarán sus oídos a la verdad y los aplicarán a las fábulas. Tú, entretanto, vigila en todas las cosas, soporta las aflicciones, desempeña el oficio de evangelista, cumple todos los cargos de tu ministerio. Vive con templanza» (IV, 1 s.).

A Tito, su fiel discípulo le dice a su vez:

«Porque es necesario que un obispo sea irrepreensible o sin crimen, como que es el ecónomo de Dios o el dispensador de sus riquezas; no soberbio, no colérico, no dado al vino, no percursor o violento, no codicioso de sordida ganancia: sino amante de la hospitalidad, dulce y afable, sobrio, justo, reli-

gioso, continente, adicto a las verdades de la fe, según se le han enseñado a él: a fin de que sea capaz de instruir en la sana doctrina, y redargüir a los que contradijeren.

Porque aún hay muchos desobedientes, charlatanes y embaldores: mayormente de los circuncisos: a quienes es menester tapar la boca: que trastornan familias enteras, enseñando cosas que no conviene, por amor de una torpe ganancia» (I, 10 s.).

Al Clero de Efeso finalmente:

«Velad sobre vosotros, y sobre toda la grey, en la cual el Espíritu Santo os ha instituido obispos para apacentar la Iglesia de Dios, que ha ganado El con su propia sangre. Porque sé que después de mi partida os han de asaltar lobos voraces, que destrocen el rebaño. Y de entre vosotros mismos se levantarán hombres que sembrarán doctrinas nerversas, con el fin de atraerse a sí discípulos. Por tanto, estad alerta, teniendo en la memoria, que por espacio de tres años no he cesado, de día ni de noche, de amonestar con lágrimas a cada uno de vosotros» (Act. XX, 29 s.).

Los Padres apostólicos

Ya lo pudimos comprobar en los capítulos anteriores.

Puede decirse que son tan exigentes en la pureza de la fe como los apóstoles.

En la *Didaché* nos encontramos con estas fuertes palabras:

«Ahora, todo el que viniere a vosotros y os enseñare todo lo anteriormente dicho, recibidle. Mas si extraviado el Maestro mismo os enseñare otra doctrina para vuestra disolución no le escuchéis» (XI, 2).

Con semejante vigilancia escribe San Ignacio a los magne-sios:

«No os dejéis engañar por doctrinas extrañas ni por esos cuentos de vieja que no sirven para nada» (VIII, 1).

«A lo que sí os exhorto, no yo sino la caridad de Jesucristo, es que toméis sólo el alimento cristiano y os abstengáis de toda hierba ajena que es la herejía. Los herejes entretejen a Jesucristo con sus propias especulaciones, presentándose como dignos de todo crédito cuando son en realidad como los que brindan un veneno mortífero diluido en vino con miel. El incauto que gustosamente se lo toma, bebe en un funesto placer, su propia muerte... Alerta contra los tales» (VI)

De *San Policarpo* baste un famoso y conocido episodio.

Siendo ya muy anciano hizo un viaje a Roma para tratar con el Papa, que era entonces San Aniceto, sobre la fecha de la celebración de la Pascua. San Jerónimo afirma que en aquella ocasión se realizó un día el encuentro del santo Obispo con Mar-

ción, el peligroso heresiarca que fué capaz de levantar Iglesia contra Iglesia en la misma capital del Imperio.

«¿Me reconoces?, le dijo el hereje. Sí, te conozco, repuso el Santo: conozco al primogénito de Satanás.»

San Ireneo

Detengámonos en él. Aunque no es Padre Apostólico, pues este título se reserva exclusivamente para los que convivieron con aquellos excelsos varones fundadores de la Iglesia: está, no obstante, próximo a ellos, y es digno de que le pongamos aquí por sus especiales merecimientos.

Nació en Esmirna o en sus alrededores, hacia el año 150 de nuestra era y fué discípulo y oídor asiduo, cuando joven, del gran mártir Policarpo. Venido a las Galias en los terribles días de la persecución del año 177 fué designado Obispo de Lyon a la muerte de San Potino.

Apenas sabemos nada de su ministerio episcopal, pero nos queda de él un grandioso monumento imperecedero, su gran obra en cinco libros contra la herejía, *Adversus haereses*, compuesta hacia los últimos años del siglo segundo. Ella sola basta para enaltecer su memoria y le sitúa entre los más grandes Padres de la Iglesia.

Se le ha llamado con justicia «El martillo de los herejes», y es en toda la extensión de la palabra un formidable polemista de ingenio y de ciencia incomparables. Quizás pueda encontrarse en él contacto con el que había de ser más tarde el gran campeón del Concilio de Nicea, San Atanasio.

La herejía, refutada por su doctísima pluma, fué la propia de su tiempo, la *gnosis*, una especie de modernismo primitivo inventado por algunos cristianos literatos o filosofantes, para dar, como afirmaban ellos, una explicación sabia y coherente de los dogmas cristianos en armonía y consonancia con la filosofía neoplatónica.

Los referidos cristianos que hoy llamaríamos intelectuales, se habían arrogado el derecho de especular, sistematizar y dogmatizar en el Cristianismo como se hacía en las escuelas paganas. Afirmaban que la doctrina de la Iglesia era tan sólo para los *simpliciores*, para los iliteratos o indoctos. Hasta tenían lástima de la pobre e ignorante clientela de ésta y trataban a los católicos como gente vulgar: les apodaban «eclesiásticos».

«Si alguno, afirma el mismo San Ireneo, les presenta dificultades o les contradice, se alzan luego soberbios y dicen que los católicos no entienden la

verdad... Ellos son los perfectos, la semilla de elección; los católicos, idiotas e ignorantes» (1).

Eran, como se ve, una especie de sofistas griegos o de racionalistas de nuestros tiempos.

Este fué el campo de batalla de Ireneo y por cierto supo luchar sin tacha.

Otros habían combatido ya la herejía, pero ésta tuvo en el gran Obispo de Lyon su principal y fortísimo debelador.

Es comparable a Tertuliano en la fuerza y vigor aplastante de su lógica, pero más sereno que él y con más plenitud de sabiduría.

En el primer libro expone las doctrinas gnósticas, en el segundo las refuta con argumentos de razón y en el tercero y restantes con otros sacados de la Escritura.

La Regla de fe cristiana

Nadie supo proponerla con tanta fuerza y claridad como él.

En el Cristianismo no valen *gnosis* ni filosofías. Es una religión revelada y en ello hay que situarlo todo.

Las enseñanzas de los Apóstoles y sus inmediatos sucesores que recibieron la doctrina de los labios mismos de Jesús y se repartieron por mandato de él por todo el orbe para esparcir la buena y divina nueva, son la regla infalible de la verdad de nuestra religión.

Por eso es indiscutiblemente cierto, y de ello nadie puede desviarse si quiere ser verdadero cristiano, lo que enseñaron los Apóstoles y lo que está escrito en los evangelios y demás libros sagrados, lo mismo que lo que con toda certeza nos transmitieron los primeros cristianos, las Iglesias fundadas por los Apóstoles.

«Esas opiniones, dice al hereje Florino, te lo aseguro, no son de sana doctrina; esas opiniones apartan de la Iglesia y precipitan en grandísima impiedad a los que a ellas asienten... Esas opiniones no son las que te enseñaron los Presbíteros que vivieron antes de nosotros y fueron inmediatos discípulos de los Apóstoles» (2).

Este fué Ireneo, el amante de la tradición, de las enseñanzas apostólicas, como regla única de fe. Policarpo e Ignacio mártir no hubieran podido ni siquiera comprender las novedades de los

(1) Adv. haer. III, 24.

(2) Eusebio H.E. v. 20.

gnósticos porque la regla, el canon único de sus creencias, era la enseñanza dada al principio por Cristo y transmitida por los Apóstoles y demás que vivieron con el Señor.

El invocar la autoridad de los Apóstoles no es un expediente de controversia, es algo integrante y esencial en el catolicismo.

En otro pasaje añade Ireneo:

«Estas enseñanzas las atestiguan todas las Iglesias de Asia y los que hasta hoy han sucedido a Policarpo testigo de la verdad, mucho más digno de fe, por cierto, que Valentín y Marción y los demás herejes.»

El gran principio de la autoridad inapelable de la Escritura y tradición lo esgrime Ireneo como un flagelo inexorable contra los gnósticos y podría esgrimirse del mismo modo hoy contra todas las herejías.

«Entre ellos no hay, dice, regla alguna de verdad. Cada uno se inventa su propia doctrina, ni más ni menos que se hace en las escuelas de la filosofía pagana...

La inconstancia de la doctrina es su cualidad esencial y característica. Son unos sofistas condenados a perpetua variación; traídos de acá para allá por las olas de sus errores, sin piedra en que fundar su edificio, puesto que todo es arena movediza.

Si se les opone la autoridad de la Sagrada Escritura, al instante ellos destruyen el proceso de la misma, pretextando que es dudosa la autenticidad del texto o negando que el libro citado pertenece al verdadero canon.

Imposible entre ellos averiguar la verdad ni saber a qué atenerse: hoy está en Corinto, mañana estará en Valentín, pasado mañana en Basilides o en Marción, todos los cuales se oponen los unos a los otros... Y ahí tenemos una verdad variable.»

Replican que estas variaciones son necesarias para hallar la verdad definitiva, lo cual ni fué herencia de los Apóstoles ni el objeto de la predicación del Señor. No hay que apelar, pues, a la tradición que derivándose de los Apóstoles se conserve auténticamente en las Iglesias por la sucesión de los Obispos o presbíteros... El gnóstico es más sabio que todos ellos porque ha descubierto la verdad pura y penetrado el misterio escondido... Su conducta constituye una *rebelión*, una *secularización* y una *profanación*; todo a la vez. Quieren coronar lo mismo las imágenes de Pitágoras, de Platón y de Aristóteles que la de Jesús y aún invocan las luces de Homero (2).

(1) Adv. haer. II, 27; I, 27.

II

LOS CONCILIOS (I)

Nicea. — Arrio y su herejía. — Divinidad de Jesucristo y su consubstancialidad con el Padre. — La solemne definición. — Muerte de Arrio.

Nicea

Si hay religión que se preste a extravíos doctrinales es ciertamente el Cristianismo por la alteza y sublimidad de sus dogmas.

Por eso ya en sus comienzos, como acabamos de ver, en el tiempo de los Apóstoles se levantaron herejías que obligaron a los mismos a anatematizarlas y a poner en guardia a los fieles contra los innovadores.

Las herejías han seguido su curso a través de la historia, variadísimas en su contenido y virulencia, y es cierto que hubieran terminado con la verdad evangélica, a no haber vigilado constante y solícitamente la Iglesia contra ellas poniendo, como diríamos ahora, fuera de ley y hasta expulsando de su seno a los autores.

En las emergencias ordinarias ha bastado la autoridad y competencia de los Obispos para reprimirlas, pero no han sido pocos los casos en que, o por la calidad de los insurgentes, o por el contagio peligroso que podía seguirse en los demás, se hizo necesaria una autoridad más fuerte y decisión inapelable de repudio.

Fué el recurso a los Concilios Ecuménicos, magnas asambleas de toda la Iglesia docente u Obispos de la Cristiandad «a los que puso el Espíritu Santo para regir y gobernar a su Iglesia» y encargados natos de velar solícitos por la conservación incólume del depósito de la fe.

Las decisiones de los referidos Concilios las ha considerado siempre el Cristianismo como regla de fe, pues manaban de la autoridad infalible en las cuestiones relacionadas con el dogma y la moral con que Cristo les adornó para el cumplimiento competente de su cargo y bien universal de la Iglesia.

Hasta el presente se han celebrado 19 de los referidos Concilios ecuménicos o universales, que eso quiere decir el nombre, en todo el decurso de la historia. El primero fué el de Nicea en el año 325, y el último, el Vaticano, que no ha terminado todavía.

Arrio

Poco sabemos de cierto de los comienzos de este célebre heresiarca.

Nació, según parece, en Libia, pero hizo en Alejandría toda su carrera eclesiástica.

Su edad, ya avanzada, su aspecto severo, su ciencia y las prácticas ascéticas de que hacía gala, le habían atraído numerosos discípulos, máxime entre el Clero y las personas ilustradas.

El núcleo de su enseñanza era el *Subordinacionismo*.

Insistía, ante todo, en la unidad de Dios, Eterno e Increado, con esencia y divinidad incommunicable.

El Verbo, según él, había sido creado de la nada y en el tiempo, pero no era una mera criatura como las otras, sino que tenía un relieve especialísimo y había ejercido un papel principal en la creación del mundo. Podía incluso decirse que era la imagen perfecta del Padre, de su esencia, de su voluntad, de su sabiduría, con tal que no se dijese que era Dios.

En otros términos.

Sólo el Padre merecía con justicia el título de Dios: El Verbo no tenía en todo caso más que una divinidad secundaria y subordinada.

Ambos eran una misma cosa, pero sólo por la concordia de las voluntades.

Como se ve, la doctrina arriana era peligrosísima y blasfema.

Echaba por los suelos la divinidad de Cristo, dogma fundamental del Cristianismo.

San Juan había dicho expresamente que el Verbo era eterno, que estuvo en Dios desde el principio, que era Dios; San Pablo había llamado a boca llena a Cristo: «Dios bendito por los siglos»; el mismo Salvador había afirmado explícitamente su divinidad repetidas veces y supuéstola siempre, hablando como

Dios, exigiendo como Dios, perdonando los pecados, como Dios; los mártires habían derramado su sangre en esa fe...

No podía, pues, la Iglesia permanecer impasible, ante tales negaciones.

El Obispo de Alejandría fué el primero en alarmarse al oírlos y sin pérdida de tiempo organizó una conferencia contradictoria entre el heresiarca y sus adversarios. Arrio habló ampliamente exponiendo sus ideas, pero no pudo convencer a nadie y fué rebatido reciamente con argumentos irrefutables.

Al fin se impuso el prelado y le prohibió propalar sus enseñanzas.

Arrio rehusó obedecer, como se preveía, apoyándose en que había muchos Obispos que compartían sus doctrinas.

En vista de eso, reunióse en Concilio a todos los Obispos de Egipto, en número de un centenar y expuestas las audacias de Arrio, todos, a excepción de dos, las anatematizaron.

Pero no era Arrio persona que se intimidara por poco. Lleno de ira y de despecho, se dedicó desde entonces a hacer propaganda de sus ideas: viajó por varias regiones de Oriente, visitó a Obispos y pudo atraer a algunos a su partido.

Los acontecimientos se desarrollaron velozmente. Un año sólo había pasado y ya pudo decir un escritor del tiempo que todo el Oriente estaba en llamas. Partidarios y enemigos del heresiarca se excomulgaban mutuamente y aun llegaron a tratarse de ateos.

No había más remedio que poner paz en la Iglesia y hacer brillar la luz en medio de tantas y tan opuestas doctrinas. La verdad no podía ser más que una y la verdadera Iglesia la había de poseer.

El Concilio

La iniciativa parece haber partido del mismo Emperador Constantino aconsejado por Osio de Córdoba.

Este insigne Obispo, tan benemérito de la Iglesia, le había enterado del desasosiego que reinaba en Oriente debido a la controversia arriana y persuadido de que sólo aquel medio supremo podía dirimirla.

El Emperador designó también la sede del mismo, la ciudad de Nicea en Bitinia.

La carta de la convocatoria dirigida por el Magnate a los Obispos era apremiante y respetuosa. «Ninguno de vosotros ignora, decía, que nada me interesa tanto como la piedad para

con Dios. Anteriormente me había parecido convocar una asamblea de Obispos en el valle de Ancira, en Galacia; hoy, por muchas razones, me ha parecido mejor reunirlos en la ciudad de Nicea. El acceso será más fácil para los Obispos de Italia y Europa; la salubridad del clima nada deja que desear y a mí mismo me será mucho más cómodo el hallarme presente para tomar parte en la Asamblea... Evitad todo posible retardo al fin de que pueda asistir en persona a dichas sesiones. Dios sea con vosotros, hermanos muy amados». (Eus. Vida de Const., lib. III...)

Constantino puso además la Posta Imperial al servicio de los Prelados y con ella, a través de las grandes vías de comunicación del Imperio Romano, fueron llegando de las más diversas regiones los convocados.

Todo el Episcopado del Imperio y aun el de más allá de las fronteras, se había conmovido. «La esperanza de hacer un bien, dice Eusebio; las facilidades dadas por la paz que al fin se gozaba, lo raro del acontecimiento y el deseo de ver cara a cara al gran Emperador fueron irresistibles y pusieron en marcha no solo a los Obispos, sino también a sacerdotes y diáconos y aun a algunos legos, llevados por los prelados en calidad de consejeros y auxiliares.

¿Cuántos fueron los prelados concurrentes? A mediados de mayo del 325 se encontraban reunidos unos 300: San Atanasio habla puntualmente de 318.

Los primeros saludos debieron ser emocionantes.

La mayor parte no se conocían sino por referencia. Unidos por una misma fe y por pruebas comunes, pero separados por mares y montañas, no sabían los unos de los otros más que sus méritos y sufrimientos.

Se señalaban especialmente los más ilustres servidores de Dios: los mártires o mutilados en las persecuciones pasadas... Tales eran: *Pafnufio*, Obispo de Tebaida, que arrastraba una pierna cuyos nervios habíanle sido seccionados en el trabajo de las minas y dirigía a los asistentes la órbita apagada de un ojo vaciado. *Pablo*, Obispo de Cesarea del Eufrates que levantaba para bendecir su mano mutilada por el fuego...

No llamaban menos la atención los solitarios. *Santiago* de Nisibe que se daba a conocer por su vestido de piel de camello que le asemejaba a San Juan Bautista.

Espiridión, Obispo de Chipre que era de un candor tan infantil y tan humilde que aun siendo Obispo pastoreaba un rebaño de ovejas.

A la cabeza de los de occidente marchaba la diputación del Obispo de Roma San Silvestre, constituida por los presbíteros

Vito y Vicente y dirigida por el mencionado amigo de Constantino, Osio de Córdoba.

Finalmente dos bárbaros: Uno persa y otro godo completaban la reunión que representaba a toda la humanidad, en mezcla multicolor de acentos y de idiomas.

Apertura y definiciones

Era el 14 de junio del 325.

El Emperador había llegado ya y se procedió inmediatamente a la apertura solemne.

Eusebio de Cesarea describe de este modo la ceremonia: «Cuando entraron todos los obispos en el local destinado a las sesiones en cuyos costados se alineaban gran número de sitials, cada uno fué a ocupar su puesto y esperó en silencio la entrada del Emperador. Muy pronto se presentaron los funcionarios de la corte. Llamó la atención que sólo prestasen servicio aquel día los que eran cristianos.

Después se anunció *el Emperador*.

Levantáronse todos y apareció Constantino, alto, hermoso, decidido, majestuoso...: llevaba un manto de púrpura resplandeciente de oro y de pedrería. Al atravesar la sala llevó la vista modestamente baja. En su paso noble, la dignidad real quedaba tan atemperada por la modestia cristiana, que todos vieron en él a un enviado de Dios. Llegado al fondo de la sala, ante el trono, que se le había preparado, Constantino volvióse a la asamblea con un ligero saludo, como pidiéndole permiso para sentarse. Los Obispos se inclinaron y no se sentaron hasta que él lo hizo». (*Vita Const.*, l. III, c. XII.)

Luego los habló con voz solemne en latín: «Doy gracias a Dios, Rey Supremo, que además de los beneficios innumerables con que me ha favorecido, me ha otorgado la gracia de veros reunidos aquí a todos y de ser testigo de la concordia de vuestros sentimientos...: las divisiones intestinas de la Iglesia me parecen más graves y peligrosas y me producen más angustia que las guerras y demás conflictos. Para que mis votos sean cumplidos, es necesario que sean unos nuestros corazones y que se vea reinar entre vosotros aquella paz de que vuestra consagración a Dios os crea el deber de ser apóstoles. Obrando de esta suerte seréis gratos al Dios Supremo y me prestaréis a mí, vuestro hermano en su servicio, un señalado favor» (*Vita Const.*, III, 12).

El título y función de Presidente del Concilio correspondió a Osio. En las listas de los Padres ocupa él invariablemente

el primer sitio, pero consta que fué ejercida esta presidencia en nombre del Papa. «El Obispo de Córdoba, dice Gelasio, vino a Nicea, en nombre del Obispo de Roma con los Presbíteros Vito y Vicente»; y Eusebio nos confirma que el Papa Silvestre no pudo trasladarse a causa de su edad ya avanzada.

Comenzaron sin demora las sesiones.

Se dió a conocer, ante todo el punto de la controversia, la herejía de Arrio y se citó a éste para que compareciera y expusiera sus enseñanzas.

El hereje se presentó con fiado en sí mismo. La fama que se había creado alrededor de su nombre, las grandes influencias de sus partidarios, especialmente del Obispo de Nicodemia, el mundo entero puesto en movimiento por su causa, todo había infatuado al innovador.

Perdió toda noción de prudencia y en presencia del Concilio llegó hasta el extremo en sus opiniones. Repitió y aun acentuó las más atrevidas afirmaciones hechas en su poema *Thalia* que había compuesto como resumen de sus ideas y «sostuvo muy alto que el Verbo no era Dios, que no había existido siempre, que había salido de la nada como toda criatura» (San Atanasio., Disc. I. contra los Arr. n. ss.).

Cuando hubo terminado y aun durante su discurso, dice Teodoreto (Hist. Eccl. 1, I, c. XIX) se vió claramente que su causa estaba perdida. Venerables Prelados se tapaban los oídos para no oír semejantes blasfemias.

Arrio ya no compareció más en el Concilio, pero defendían su causa unos cuantos partidarios.

Sus argucias y argumentos eran magistralmente rebatidos por un diácono que fué el alma de la oposición: San Atanasio. Dice San Gregorio Nacianzeno (Elogio de Atan. P. G. t. XXIV) que cuando los arrianos contemplaban al terrible campeón, de pequeña talla, enfermizo, pero de porte decidido y frente alta, levantarse para tomar la palabra, se creía ver pasar por sus filas un estremecimiento de odio.

Al fin se convino ante los Padres venir a fórmulas terminantes y se redactó «el símbolo» llamado de Nicea. En él se definió claramente la divinidad de Cristo. Es, no Hijo de Dios en sentido ambiguo, sino de la misma naturaleza que el Padre, de idéntica substancia que él. «Esta fué la palabra sacramental y perentoria que no admitía subterfugios ni paliativos. *Omousios* se decía en griego, de igual substancia o naturaleza...

Esta consubstancialidad era, sin duda, un misterio, pero un misterio claramente revelado y que aclaraba todos los otros, un misterio que hablaba al corazón y elevaba a la humanidad reconocida. Jesucristo Verbo de Dios y consubstancial con el Padre

segua siendo el objeto inefable de la adoración de los hombres, y él mismo muerto en la cruz y ofrecido en sacrificio, era también el amigo, el hermano, el redentor y portador de todas nuestras miserias.

El símbolo niceno

Fué la fórmula incomparable que sintetizó el resultado del Concilio clara y concisamente.

«Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador de lo visible y de lo invisible, y en el Señor Jesucristo Hijo de Dios, unigénito del Padre, esto es, de la substancia del Padre; Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de Dios verdadero; engendrado, no creado, consubstancial al Padre por quien todo ha sido hecho en el cielo y en la tierra; que por nosotros y por nuestra salvación descendió del cielo y se encarnó, se hizo hombre, sufrió, fué sepultado y resucitó al tercer día, subió a los cielos y vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos.»

Acababa el símbolo con el siguiente anatema:

«Los que dicen que hubo un tiempo en que no existía... que salió de la nada o defienden que es de otra hipóstasis o substancia que el Padre, o que el Hijo de Dios es creado, no inmutable, que está sujeto a cambio, quedan anatematizados por la Iglesia católica..»

Todos los Obispos, a excepción de dos, el de Marmárica y el de Tolemaida, firmaron el símbolo.

El Emperador tuvo gran alegría al recibir la comunicación del mismo: «Semejante documento, dijo, tan perfectamente redactado que pone al fin término a toda disputa, no es obra de hombres sino del Espíritu Santo» (Socr. H. E. 1. I, c. LX).

No sólo desterró al punto al heresiarca y a los dos obispos que habían rehusado firmar, sino también a cuantos presbíteros se les habían añadido.

Muerte de Arrio

Aunque parezca extraño, Arrio alcanzó con sus influencias e intrigas, años más tarde, un decreto del Emperador, por el que se ordenaba su reintegración al clero de Constantinopla.

Un domingo hizo su entrada solemne en medio de una manifestación estruendosa preparada por los suyos.

El Obispo de la ciudad, apenadísimo, recurrió a Dios y pros-

ternado en tierra oró diciendo: «Señor, llamad a Vos a vuestro siervo o impedid que el hereje mancille vuestra Iglesia.»

Al anochecer de este mismo día, Arrio atravesaba la ciudad escoltado por un séquito numeroso, cuando cerca del foro de Constantino, una indisposición repentina le obligó a retirarse a un lugar excusado. Poco después se le encontró muerto en el mismo sitio.

Los antiguos escritores le aplicaron las palabras del Evangelio dichas del traidor Judas: «Difussas sunt viscera ejus» (San Atan., Carta a Serap., P. g. t. XX).

III

LOS CONCILIOS (II)

Efeso. — Nestorio y su doctrina. — Repercusión entre los monjes de Egipto. — El Papa San Celestino. — La divina maternidad. Procesión de antorchas.

Efeso

Imposible seguir todas las herejías y Concilios subsiguientes. Añadamos solamente otro de singular relieve también y especial simpatía para todo católico. El de Efeso.

En Nicea se había definido la divinidad de Jesucristo contra Arrio. En Efeso, la divina maternidad de la Virgen.

El primero había sido un acto de amor y veneración al Hijo, el segundo un homenaje a la Madre.

Nestorio y su herejía

El protagonista de las escenas lamentables que van a suceder, es el Obispo de una de las sedes más importantes de la Iglesia y la primera de Oriente, Constantinopla.

Su nombre, el que encabeza el subtítulo, Nestorio.

Es el año 428 y ha transcurrido cerca de un siglo del gran Concilio de Nicea.

Nestorio estaba dotado de una hermosa voz y hablaba con facilidad y elocuencia, aunque ésta, dicen sus contemporáneos, no era sólida, sino más bien de relumbrón y aparato.

Sólo pensaba en agradar y atraerse los aplausos del pueblo, al cual entusiasmaba además con la palidez de su semblante, su vestido pardo, su andar grave y acompasado.

Su herejía tuvo también, como la de Arrio, por centro y objeto a Jesucristo.

Distinguía en él dos personas, la divina y la humana, la del hombre Jesús de Nazaret y la del Verbo.

Este no se había hecho hombre, sino unido a un hombre solamente aunque de un modo muy íntimo y exclusivo.

La Virgen María no era madre de Dios, en modo alguno, sino solamente del hombre Jesucristo. Quedaba destruída en consecuencia la maternidad divina, el misterio de la encarnación, y la divinidad del Salvador.

El heresiarca había llevado consigo a Constantinopla, al ser nombrado Obispo de la misma, a un sacerdote llamado Anastasio, hecho a su imagen y semejanza, e imbuido en sus ideas. El fué la causa del primer estallido.

Un día se atrevió a decir predicando en la metrópoli, estas textuales palabras: «Que nadie llame a María Madre de Dios: ella era una mujer y es imposible que Dios nazca de mujer.»

El pueblo, acostumbrado a adorar a Jesucristo como Dios, y venerar a su Madre, no pudo oír semejantes afirmaciones. Muchos eclesiásticos y seglares se llenaron de indignación y acusaron a Anastasio de blasfemia, pero Nestorio, su Obispo, no sólo no lo desaprobó sino que en varios discursos hechos posteriormente, sostuvo sin cambiar un ápice, lo que Anastasio había predicado.

Especialmente recalcó una y mil veces la idea de que era incongruente y falso llamar a María Madre de Dios o *theotocos*, pues ello era justificar la locura de los paganos que daban madre a sus dioses.

Llegaron los rumores de tales audacias hasta los monjes y un día se presentaron muchos de ellos con el Abad Basilio de Talaso a la cabeza, ante Nestorio para saber a ciencia cierta de los mismos labios del heresiarca, la verdad de las acusaciones. Nestorio los mandó apresar a todos y meterlos en las cárceles del Obispado, en donde fueron tratados con excepcional crueldad e infamia.

Un contratiempo para el audaz hereje.

Sin darse cuenta sin duda de las consecuencias que ello podría acarrearle, invitó por sí mismo al Obispo de Císico, San Proclo, amantísimo de la Virgen, a que predicase en una festividad de la misma, en la primera Iglesia de Constantinopla. El predicador, parece que intencionadamente, se propuso probar la doctrina católica sobre la encarnación.

Apenas comenzó su discurso, que aún se conserva, ya dió a la Virgen el título de Madre de Dios, título que merecía con toda justicia, ya que su Hijo era verdaderamente Dios y Hombre.

Decir, añadió, que Jesucristo es solamente hombre es propio de los judíos; decir que es solamente Dios, es error maniqueo;

enseñar que Cristo y el Verbo divino son dos, es merecer ser reprobado de Dios y admitir una cuaternidad en vez de la Trinidad que adoramos.

El discurso fué muy sabio y elocuente y el pueblo lo aplaudió de todo corazón, pero se puede suponer lo que pasaría por Nestorio.

Quedó irritado enormemente, y sin poderse contener tomó la palabra en el mismo acto para deshacer las afirmaciones proferidas.

Nuevo escándalo e indignación popular.

Otro día, predicando sobre el tema, fué interrumpido públicamente y en alta voz por un seglar, cuyo nombre se nos ha conservado, Eusebio de Dorilea.

El celo del intrépido arguyente fué alabado y aplaudido por los circunstantes, pero Nestorio desgogó sus iras contra él, llenándole de injurias.

Repercusión en Egipto

Nueva intervención del Monacato en la contienda. Esta vez son los solitarios del país del Nilo, a los cuales han llegado también las doctrinas de Nestorio, dejando a algunos turbados e indecisos, faltos de luz y de consejo entre la verdad y el error. San Cirilo, el gran Patriarca de Alejandría, juzgó necesario escribirles para aquietar los ánimos de aquellos beneméritos penitentes, que siempre habían sido un baluarte contra la herejía, y lo hizo con una carta maravillosa, perfecto tratado de la materia.

Después de felicitarles por su observancia y celo les expone la amarga intranquilidad en que se encontraba por causa de ellos, pues había algunos que alucinados por la mentira, se insinuaban preguntando, si habían de llamar Madre de Dios a la Virgen. Si Nuestro Señor Jesucristo es Dios, decía el Santo Doctor, ¿cómo no se ha de llamar Madre de Dios a la Santísima Virgen de la cual nació? Esta es la fe que recibimos de los Apóstoles, por más que ellos no se hayan servido de la palabra.

Quizás me digáis: ¿Luego la Virgen es madre de la divinidad? Responderemos que es evidente que el Verbo es eterno y de la substancia del Padre, pero en el orden de la naturaleza, por más que las madres no tengan parte alguna en la creación del alma de sus hijos, a nadie se le ocurrirá decir que son exclusivamente madres del cuerpo y no del hombre entero. Sería una

sutileza impertinente afirmar: Isabel es madre del cuerpo de Juan y no de su alma.

Lo mismo decimos del nacimiento de Cristo. El Verbo se hizo carne y se llama hijo del hombre. Aunque el niño que nace de una mujer esté compuesto de dos diferentes naturalezas, alma y cuerpo, es un hombre mismo del cual ella es madre: de la misma manera están ambas naturalezas unidas en Jesucristo.»

El Papa San Celestino

Llegó también, como no podía ser menos, noticia de todo a Roma.

El Papa entonces reinante, San Celestino, y los Obispos que con él estaban, leyeron las homilías de Nestorio que les habían sido enviadas y no pudieron menos de quedar escandalizados y alarmados a la vez.

Vieron claramente que no había otro remedio que acudir al fallo definitivo de un Concilio para terminar con las osadías del heresiarca y no dudaron en acudir a él.

El Concilio de Éfeso

Se hizo sin demora la convocatoria y se señaló el sitio: La ciudad de Éfeso. ¿Fue escogida intencionadamente? Es muy probable. Éfeso era la ciudad mariana por excelencia por haber vivido allí la Virgen Santísima con San Juan, según la tradición, y quizás muerto también.

Además se celebraría el gran Concilio que había de vindicar la más excelsa prerrogativa de María, en la Iglesia de esta advocación.

El Papa nombró representante suyo, pues él por su ancianidad no podía acudir, a San Cirilo de Alejandría; envió también como delegados a dos Obispos, Arcadio y Proyecto, y al Presbítero Felipe, a los cuales hizo además portadores de una carta o memorial suyo a la Asamblea.

El documento es modelo de sabiduría y celo pastoral:

«La reunión de los Obispos, dice, da testimonio de la presencia del Espíritu Santo, por cuanto representa al Concilio de los Apóstoles. Nunca les abandonó el Maestro que les dio la orden de predicar... La obligación de enseñar ha sido patrimonio de los obispos y por un derecho ordinario nos incumbe a todos los que en lugar de ellos anunciaron el nombre del Señor en los diversos países del mundo en conformidad con lo que el mismo Salvador les dijo: «Id y enseñad a todas las naciones...»

Debemos echar sobre nuestros hombros la carga de los trabajos de aquellos a quienes hemos sucedido en la dignidad, y todos unidos debemos concurrir para conservar el depósito de la doctrina apostólica.

La unidad debe ser tanto mayor cuanto más se encuentra en peligro la fe común en todos. Venga a juicio el que juzga al mundo, y quede confundido aquel que trae perturbados a los hombres infamando al Redentor. Revestíos, pues, con las armas de Dios.

Recordad las palabras del Apóstol que hizo venir a los Obispos del lugar en que vosotros estáis reunidos, para decirles: «Tened cuidado de vosotros y de vuestra grey en que el Espíritu Santo os ha puesto para regir la Iglesia de Dios que adquirió él con su sangre. Los efesinos abrazaron la doctrina de la fe; que ahora vean que nosotros la defendemos. Pedid reunidos como los Apóstoles que suplicaron con gran confianza el auxilio de Dios para predicar la divina palabra. Al presente ¿qué hay que pedir para vuestro Santo Concilio sino que aquel que trae perturbados a los hombres infamando al Redentor. Revestíos, enseñéis todos la única doctrina que él nos ha enseñado...?»

El Concilio se abrió el 22 de junio del 431, en la Iglesia de Santa María.

Ocupó la presidencia San Cirilo en lugar y representación del Papa como queda dicho y eran 198 los Obispos.

En medio de todos se colocó el Evangelio en un trono de honor, desde el cual parecía decirles: «Vosotros sois los jueces... sed sobrios y vigilantes.» Los Obispos se sentaron a uno y otro lado, en largas hileras de sitiales.

El día anterior se había enviado a Nestorio cuatro Obispos para invitarle a presentarse ante el Concilio. El hereje respondió soberbio: «Ya veré. Iré si me parece que debo ir.» Le invitaron en comisión otra vez, tres Obispos acompañados de un Notario y una admonición escrita.

Nestorio la rechazó del mismo modo.

Los Padres no creyeron ya oportuno esperar más y se abrió el Concilio.

En la primera sesión, que pudo haber sido la última, quedó todo decidido. Se leyeron veinte artículos sacados de las homilias y escritos del herejearca, y los Obispos, oyendo las blasfemias que contenían, procedieron sin demora a la última decisión.

La sentencia, una de las más solemnes de la Iglesia, fué tajante, aunque caritativa y llena de vivos sentimientos de dolor.

«Habiendo Nestorio, decía, rechazado entre otras cosas, obedecer a nuestra citación y recibir a los Obispos enviados de nuestra parte, nos hemos visto obligados a examinar sus impiedades, y habiéndole convencido, tanto por sus cartas como por sus escritos y por los discursos que recientemente ha predicado en esta ciudad, probado por testigos, de que piensa y enseña impiedades, nosotros, obedeciendo a los sagrados cánones y a la carta de nuestro Sto. Padre y Conministro Celestino,

Obispo de la Iglesia romana, nos hemos decidido por necesidad, después de haber derramado muchas lágrimas, a pronunciar esta lúgubre sentencia: Nuestro Señor Jesucristo, de quien él ha blasfemado, ha definido por este Smo. Concilio que sea privado de toda dignidad episcopal y separado de todo empleo eclesiástico.

Al fin la rúbrica:

Cirilo, Obispo de Alejandría, la firmó juzgando lo mismo que el Sto. Concilio. Juvenal, Obispo de Jerusalén, la firmó juzgando lo mismo que el Sto. Concilio. Todos los demás Obispos presentes en número de 198, firmaron del mismo modo, y a ellos se añadieron los que después de la 1.^a sesión llegaron al Concilio.»

La Procesión de las antorchas

La primera sesión del Concilio duró desde la mañana hasta muy entrada la noche; toda la ciudad estuvo el día entero esperando ansiosa la decisión, y cuando se supo que Nestorio había sido depuesto, todos a una voz alabaron a Dios porque había sido vencido el enemigo de la fe.

Cuando salieron de la iglesia los Obispos, todo el pueblo con hachas encendidas los acompañó a sus casas. Las mujeres llevaban en sus manos ricos braserillos en que quemaban perfumes. Se iluminó toda la ciudad y la alegría fué inmensa en todos sus habitantes.